
LA VITA EULOGII DE ÁLVARO DE CÓRDOBA*

PEDRO HERRERA ROLDÁN

INTRODUCCIÓN

En su Córdoba natal nunca estará de más recordar, sea cual sea el procedimiento, la ilustre figura de S. Eulogio. En este convencimiento nos ha parecido oportuno presentar la traducción de la principal fuente que tenemos para reconstruir su biografía, la *Vita Eulogii*, que compuso su querido amigo Álvaro cambinando los subgéneros hagiográficos de la *Vita* y la *Passio*¹. A ello nos ha movido principalmente la convicción que tenemos de la necesidad de tal trabajo. Y no es que en este siglo hayan faltado traducciones al castellano de la mencionada biografía: en efecto, hace ahora cuarenta años A.S. Ruiz presentó, como prólogo a su edición de las obras de S. Eulogio, una interpretación de dicho texto, que diecinueve años después volvió a ser traducido, ahora de forma más rigurosa, por M.J. Hagerty, quien la incluyó entre los apéndices de su estudio, por lo demás bastante irregular, sobre escatología mozárabe². Ahora bien, lo que sabemos de los mozárabes cordobeses y sus obras ha adelantado bastante desde entonces: trabajos como los de los profesores M.C. Díaz y Díaz, J. Gil, J. Fontaine o M.Banniard, por citar sólo los más señalados, nos han enseñado mucho sobre el latín de estos autores y sus problemas de interpretación, sobre sus fuentes y modelos literarios, sobre los géneros que escogieron, etc. Y, por supuesto, la

* El presente trabajo se ha preparado dentro del grupo "El latín de los mozárabes", PB 94-036 de la DGICYT.

¹ En ella se han basado todos los estudios consagrados en el pasado a la figura histórica del sacerdote por autores tan reputados como J. Gómez Bravo (1739), R.P.Dozy (1861), J. Amador de los Ríos (1862), W. Baudissin (1872) o F.J. Simonet (1903), a los que se ha añadido en este siglo la ya clásica obra de Fray Justo Pérez de Urbel (1942), así como los trabajos de F.R. Franke (1958), E.P. Colbert (1962) y, más recientemente, los libros de K.B.Wolf (1988) y J.A.Coope (1.995).

² Las restantes obras de Álvaro comienzan ahora a ser traducidas. De unos años a esta parte han visto la luz las versiones castellanas de su *Indiculus luminoso* (F. Delgado, 1996), sus epístolas y sus poemas (G. Del Cerro y J. Palacios, 1997 y 1998 respectivamente), y sabemos que actualmente se está preparando una traducción de su *Confesión*; sin embargo, ninguna noticia tenemos de que se esté trabajando sobre el texto que nos ocupa.

magnífica edición crítica que dedicó J. Gil a estos textos supuso en todos los sentidos un enorme progreso en el estudio de los mismos. En tales condiciones, pues, hemos considerado útil intentar de nuevo la traducción del texto, imprescindible a la hora de ahondar en la personalidad del mártir cordobés.

El texto

La *Vita Eulogii*, compuesta al poco tiempo de la ejecución del sacerdote³, se conservó a lo largo del Medievo unida al final de dos códices: en primer lugar, el *Matr. BN 10029*, el célebre códice de Azagra, un volumen que muy probablemente recibió su forma definitiva durante el s. X en Córdoba⁴; en segundo lugar, el antiquísimo códice que fue descubierto en el s. XVI en la Catedral de Oviedo y que albergaba las obras de S. Eulogio. Ambos manuscritos fueron conocidos por Ambrosio de Morales, quien pudo manejarlos cuando publicó la mencionada *Vita* como prólogo a su edición del mártir cordobés⁵. No obstante, como quiera que, tras el paso por las manos del famoso cronista real no se volvió a saber nada del referido códice ovetense, los editores posteriores han dependido casi por completo del *Matr. BN 10029*, ya que el texto que publicó Morales había sido adaptado, según la costumbre de éste, a las normas de la gramática clásica.

Tras Morales, la *Vita* volvió a recogerse en la mayoría de las ediciones de S. Eulogio: las de Schott (1608), Lorenzana (1785) y A.S. Ruiz (1949), así como en las ediciones de las obras de Álvaro llevadas a cabo por Flórez en su *Hispania Sacra* (1753) y, más recientemente, Gil en su *Corpus Scriptorum Muzarabiorum* (1973).

La presente traducción

La siempre difícil tarea de la traducción se complica notablemente cuando se abordan los textos de un autor como Álvaro de Córdoba. En efecto, como es bien sabido, se trata de un escritor que se expresa en un latín ya vacilante y que, pese a haber merecido varios estudios, todavía presenta numerosos puntos de conflicto. Y por si fuera ésta poca complicación, se ha de añadir el que con frecuencia Álvaro, en el noble afán de dignificar su lengua de cultura frente al cada vez más preponderante y atractivo árabe literario, se empeña en un estilo alambicado y obscuro, destinado a la lectura de unos círculos muy minoritarios de la mozarabía cordobesa. En esta situación, tan inadecuada resulta una traducción que, de literal,

³ Se cree que la muerte de Álvaro acaeció poco después de la de su querido amigo; de hecho, en un códice de la época (ms. N^o 29 de la Real Academia de la Historia) se recoge una nota atribuida al abad Sansón y fechada en el 862 (cf. Díaz [1980] p. 176) en que se alude al fallecimiento de nuestro autor. Por lo demás, la pronta redacción de la *Vita* es una buena prueba del temprano culto a S. Eulogio en Córdoba.

⁴ Sobre el contenido de este códice, en el que, entre los versos de numerosos poetas, se recogen también los de los cordobeses Cipriano, Sansón y algunos del propio Álvaro, cf., por ejemplo, Vendrell Peñaranda (1979, pp. 655-705).

⁵ Cf. Morales (f.1).

haga ininteligible el texto en castellano, como otra que, por excesivamente libre e interpretativa, pertenezca más a la pluma del traductor que a la del autor mismo. En semejante travesía entre *Escila* y *Caribdis*, nosotros hemos optado por presentar un texto lo más fiel posible al contenido del original latino y a los principales rasgos de su lengua, aunque reconozcamos que en alguna ocasión se hayan debido alterar los larguísimos y enrevesados períodos oracionales de la obra, a fin de hacer comprensible su texto con una sintaxis más acorde con la de nuestros tiempos. Por otra parte, tampoco hemos querido importunar más de la cuenta al sufrido lector interrumpiéndolo con un sinnúmero de notas a pie de página. Aunque una obra como la presente se presta a multitud de exégesis, digresiones y alardes eruditos, nos hemos limitado a consignar las fuentes citadas en la *Vita* y a ofrecer unas pocas aclaraciones que creímos necesarias sobre el contenido del texto; en los demás casos nos hemos remitido a la bibliografía relacionada a continuación.

Réstanos, por último, decir que nuestra traducción se basa en el texto editado por el profesor Gil en su *Corpus Scriptorum Muzarabiorum*, obra a la que también se ha recurrido en la identificación de fuentes citadas por Álvaro.

Bibliografía citada

AMADOR DE LOS RÍOS, J., *Historia crítica de la Literatura española*, vol. II, Madrid, 1862 (reimpresión, Madrid, 1970-1971).

BAUDISSIN, W., *Eulogius und Alvar. Ein Abschnitt spanischer Kirchengeschichte aus der Zeit der Maurenherrschaft*, Leipzig, 1872.

CERRO CALDERÓN, G. del, PALACIOS ROYÁN, J., *Epistolario de Álvaro de Córdoba*, Córdoba, 1997.

— — —, *Lírica Mozárabe*, Málaga, 1998.

COLBERT, E.P., *The martyrs of Córdoba (850-859): a study of the sources*, Washington, 1962.

COLLINS, R., "Poetry in Ninth-Century Spain", *Papers of the Liverpool Latin Seminar* 4 (1983) pp. 181-195.

COOPE, J.A., *The martyrs of Córdoba. Community and family conflict in an age of mass conversion*, Lincoln, 1995.

DELGADO LEÓN, F., *Álvaro de Córdoba y la polémica contra el Islam. El Indiculus luminosus*, Córdoba, 1996.

DÍAZ Y DÍAZ, M.C., "Agustín entre los mozárabes: un testimonio", *Augustinus* 25 (1980) pp. 157-180.

DOZY, R.P., *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los almorávides (711-1110)*, vol. II, Leiden, 1861 (reimpresión, Madrid, 1984).

DOZY, R.P., PELLOT, Ch., *Le calendrier de Cordove*, Leiden, 1873 (reimpresión, Leiden, 1961).

FLÓREZ, E., *España Sagrada, Theatro geográfico-histórico de la Iglesia de Hispania*, vol. X, Madrid, 1753.

FRANKE, F.R., “Die freiwilliger Märtyrer von Cordova und das Verhältnis der Mozaraber zum Islam nach der Schriften Speraideo, Eulogius und Alvar”, *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, XIII, Münster, 1958.

GIL FERNÁNDEZ, J., *Corpus scriptorum Muzarabiorum*, Madrid, 1973.

___, “Para la edición de textos visigodos y mozárabes”, *Habis* 4 (1973b), pp. 189-234.

GÓMEZ BRAVO, J., *Catálogo de los obispos de Córdoba*, Córdoba, 1739.

GONZÁLEZ MUÑOZ, F., *Latinidad mozárabe*, A Coruña, 1996.

HAGERTY, M.J., *Los cuervos de S. Vicente*, Madrid, 1978.

MADOZ, J., *Epistolario de Álvaro de Córdoba*, Madrid, 1947.

MARTÍNEZ RUIZ, J., “Localización de templos mozárabes cordobeses”, *Ifigea* 3-4 (1986-1987), pp. 57-72.

MORALES, A., *Divi Eulogii Cordubensis, Martyris, Doctoris et electi Archiepiscopus Toletani opera*, Alcalá de Henares, 1574.

NORBERG, D., *Manuel pratique de latni médiéval*, París, 1968.

PÉREZ DE URBEL, J., “Origen de los himnos mozárabes”, *Bulletin hispanique* 28 (1926), pp. 1-96.

___, *S. Eulogio de Córdoba: la vida andaluza en el s. IX*, Madrid, 1942.

RIBERA, J., *Al-Jushani: Historia de los jueces de Córdoba*, Madrid, 1914.

RUIZ, A.S., *Obras completas de S. Eulogio*, Córdoba, 1959.

SCHOTT, A., *Hispania illustrata*, vol. IV, Francfurt, 1608.

SIMONET, F.J., *Historia de los mozárabes de España, deducida de los mejores y más auténticos testimonios de los escritores cristianos y árabes*, Madrid, 1903.

THORSBERG, B., *Etudes sur l'hymnologie mozarabe*, Upsala, 1962.

VENDRELL PEÑARANDA, M., "Estudio del códice de Azagra, Biblioteca Nacional ms. 10029", *Revista de Archivos, bibliotecas y museos* 82 (1979), pp. 655-705.

WOLF, K.B., *Christian martyrs in Muslin Spain*, Cambridge, 1988.

ÁLVARO DE CÓRDOBA

Vida y pasión del santísimo presbítero y mártir Eulogio, que sufrió martirio el día 11 de Marzo de la era 897, el año 859 de la encarnación de nuestro Señor, en tiempos del rey Abderramán¹

1.- Cuando me disponía a escribir la pasión del santísimo mártir y doctor Eulogio, pensé que debía exponer ordenadamente su vida antes que contar el bellissimo combate de su final, a fin de dar a conocer a los lectores quién y qué grande fue, y sea manifiesto después así, con las señales más evidentes, que alcanzó mercedamente la palma de la victoria. Confiado al comienzo de esta obra en el auxilio de nuestro Señor y Redentor, declaro que no voy a exponer hechos conocidos de oídas y dudosos, sino vistos y comprobados por mí mismo. En efecto, unidos con ayuda de la gracia de Dios desde la primera flor de nuestra adolescencia con un mismo vínculo de armonía por un dulce cariño nuestro amor a las Escrituras, llevamos el yugo de esta vida en todos los asuntos, si no con el mismo grado, sí con el mismo efecto. Mas él, adornado por el don del sacerdocio, volaba muy alto elevado por las alas de sus virtudes, mientras que yo, sumido en el cieno de la lujuria y el deseo, me arrastro aún reptando por tierra². Y por ello me he dispuesto a narrar, no hechos inciertos o averiguados por el relato de cualquier persona, sino cosas que hizo conmigo y conocidas por mí, porque así como declaro que es peligroso hablar imprudentemente de lo que no se conoce, también creo que, acerca de lo que se conoce, no está exento de peligro ocultar lo que se debe saber. Además, si por un lado es encomiable la verdad que hay que pregonar a todos para ejemplo, en igual medida es detestable la artificial falsedad de los retóricos, puesto que más vale no decir nada de muchos actos ilustres que exponer mucho en falso de unos pocos buenos, resulta más seguro omitir todo cuanto ha ocurrido que inventar algo que no existió, y menos peca quien no por un mal

¹ Tal es el nombre que aparece en el ms. BN 10029, el único códice que recoge el título de la obra. Se trata por supuesto de un error, pues dicho emir había fallecido en el 852; será en el reinado de su hijo Muhammad cuando tenga lugar la ejecución de S. Eulogio.

² De esta manera tan rigurosa alude Álvaro a su condición de seglar y casado. De su familia trataron ya, entre otros, Pérez de Urbel (1942, p. 82) y J. Gil (1973, p. XXVIII n. 43).

propósito, sino por la soberbia de su incapacidad omite lo verdadero, que quien con elocuencia compone falsedades. Pues la verdad, si se dice por afán de verdad y no de jactanciosa vanagloria, le otorga la corona a quien la dice, mientras que la mentira, si alguno la pretende, mata al que la proyecta. Y por eso, así como me alegro de ser recompensado si digo la verdad, también afirmo que se me condenará si digo mentiras. Así pues, yo, que sé que es la verdad y no la mentira lo que se recompensa en todos, no tengo por qué razón lanzarme a contar falsedades.

2.- El bienaventurado mártir Eulogio, descendiente de una noble stirpe, nacido de linaje de senadores de la patricia ciudad de Córdoba, fue entregado al servicio de la Iglesia, y sirvió y pasó su vida en el colegio de clérigos del templo del muy bienaventurado san Zoilo³, floreciendo con muchas y muy ilustres virtudes y destacándose por grandes y encomiables obras. En efecto, alcanzó la perfección apegándose desde su misma infancia a las letras eclesiásticas y creciendo diariamente a través de su afán de buenas obras; y brillando por encima de sus coetáneos por su sabiduría y doctrina y floreciendo con el brillo de sus conocimientos, se convirtió en profesor de maestros, ya que con una mente adulta en su muy pequeño cuerpo⁴ superaba a todos, si no en edad, sí en sabiduría. Era un estudiosísimo examinador de las Sagradas Escrituras y un atentísimo investigador de su contenido, de suerte que nada anteponía a las mismas, no prefería cosa alguna a meditar día y noche la ley del Señor⁵. Y no satisfecho con el magisterio de sus profesores, si oía de algunos otros, aunque se encontrasen lejos, los buscaba, y para no ofender a los suyos se retiraba a escondidas las horas que podía. Frecuentaba, en efecto, al abad Esperaindeo, de feliz memoria, un varón reputado y encomiable por la celebridad de su saber, y como alumno suyo quedaba absorto de la elocuentísima boca de aquél, que por entonces endulzaba con las aguas de su sabiduría los confines de toda la Bética⁶.

Allí fue donde merecí verlo por vez primera, allí donde me apegué a su dulce amistad, allí donde me ató a él con particular dulzura. Y es que yo era uno de los alumnos de dicho insigne varón y mientras frecuentaba repetidamente su casa⁷ y aguzaba mi inculto ingenio, al cabo la providencia divina hizo que entablara relaciones con aquel gran varón y que no sólo me atara, sino que me uniera a él

³ El Calendario de Recemundo ubica esta iglesia en el barrio de los "tiraceros" o bordadores (sobre su hipotético emplazamiento cf. Martínez Ruiz (1986-1987) pp. 63-64). Al frente del mismo templo estuvo también el célebre abad Sansón (Apol. II praef. 8 ¹⁴⁻¹⁶ Gil [1973]p. 553).

⁴ El pasaje parece inspirado en Greg. Magn. Dial. 2, prolog.

⁵ Se trata ésta de una expresión que, procedente de la Biblia (cf. Ps. 1,2), utiliza frecuentemente S. Jerónimo en sus obras (cf., por ejemplo, ep. 5, 2; 30, 13; 52, 3; 53, 3; 127, 4; Comm. In Is. 16, 59; in Ez. 2, 7; in Mich. 1, 2; Contra Vig. 13, etc.).

⁶ Se trata, en efecto, de un personaje clave en el fugaz "renacimiento" de las letras latinas de la Córdoba de mediados del s. IX. Fue autor de una vida, hoy perdida, de dos mártires de los primeros tiempos de Abd al-Rahman II (cf. Eul. Mem. II 8, 9 ²⁷⁻³¹ Gil [1973] pp. 203-210), y finalmente, de un violento Apologético contra Mahoma, del que sólo conocemos la parte del sexto capítulo que reprodujo S. Eulogio en su Memorial (Mem. 17, Gil [1973] pp. 375-376). Aparte de eso, poco más es lo que sabemos de su vida, que se desarrolló en la primera mitad del s. IX, o del lugar en que impartía sus enseñanzas.

con cadenas y un vínculo impenetrable. Y nos hicimos alumnos de aquél, indagadores de la verdad y mutuos amigos, hasta el punto de atreverse aquella edad inmadura nuestra a cosas que no le estaban permitidas. Nos dedicábamos ambos al deleitable juego de las Escrituras y, sin saber gobernar una barca en un estanque, nos confiábamos al fragor del mar Euxino⁸. En cuanto a las infantiles disputas respecto a las doctrinas en que nos dividíamos, no las llevamos con encono, sino de forma deleitable y mediante cartas recíprocas; y nos halagábamos con elogios en versos rítmicos, lo que era para nosotros un ejercicio más dulce que la miel, más agradable que los panales⁹. Y lanzándonos diariamente hacia delante¹⁰, nuestras infantiles e inmaduras ansias de aprender nos empujaron a probar muchos pasajes inaccesibles de las Escrituras, de suerte que escribimos obras que luego, en nuestra madurez, decidimos hacer desaparecer a fin de que no quedasen para la posteridad¹¹.

3.- *Por lo demás, al llegar a los años de la juventud¹² desempeñó el ministerio del diaconado y, llevado en breve a las alturas por su mérito, fue elevado al grado de presbítero y unido luego a los maestros por su rango y normas de vida. Qué gran humildad, qué gran bondad y qué gran caridad tenía arraigadas lo mostraba su amor por todos. A partir de entonces comenzó a sujetarse con una vida de muy severa austeridad, a adornarse en todos sus actos con las imposiciones de la modestia, a consagrarse en las Sagradas Escrituras, a castigar su cuerpo con vigiliias y ayunos, a frecuentar monasterios, visitar cenobios, escribir reglas monásticas, y a ocuparse aquí y allí de todo de manera que, de ser posible, habría estado en ambas partes, llevando el clericalo que le era propio de forma que no dejara como ajeno el orden regular: unido a los monjes de forma que se le considerase clérigo y viviendo en el clero de forma que pareciera un monje, acudiendo a ambas partes apropiadamente y cumpliendo el sólo de modo más satisfactorio ambas profesiones. Corría con gran frecuencia a las santísimas congregaciones de los cenobios, pero para que no se pensase que despreciaba su propio orden regresaba de nuevo al clero; y cuando permanecía algún tiempo en él, a fin de que la virtud de su ánimo no se debilitara con las preocupaciones mundanas, volvía a*

⁷ Parecida expresión se encuentra en las obras de S. Jerónimo (cf. Comm. In Is. 1, 1; Contra Ruf. 1, 20; ep. 78,29).

⁸ Todo este pasaje está tomado nuevamente de S. Jerónimo (cf. Ep. 1,2).

⁹ Cf. Ps. 18,11.

¹⁰ Cf. Phil. 3,13.

¹¹ Se trata de ejercicios escolares con que los alumnos de estas aulas solían avezarse en cuestiones escriturísticas y dogmáticas y, por supuesto, en el uso del latín. La destrucción de estos escritos parece que sólo se refiere a los de contenido teológico, pues es bastante probable que los mencionados "versos rítmicos" correspondan a varias composiciones de temática martirial contenidas en el denominado *Himnario gótico-mozárabe*. Sobre esta cuestión cf. Las encontradas opiniones de Pérez de Urbel (1926, p. 227 y 1942, p. 159 n. 1) y Thorsberg (1962, pp. 10-14 y 35-42).

¹² A partir de los veintiocho o treinta años, según las prescripciones de la Iglesia hispana (cf. Isid. Etym. 11, 2, o Conc. Tol. 4, 20).

dirigirse de nuevo a los monasterios, adornando aquí la iglesia con la doctrina de su boca y decorando y tallando allí su propia vida. Aún en medio de tamañas virtudes, avanzaba por el camino del mundo afligido y angustiado, y en su diario deseo de volar al cielo se veía abrumado por el fardo de su cuerpo¹³, hasta el punto de pretender ir a Roma y domar; aún más, de borrar una vez domadas las manchas de su juventud con sus lágrimas y el camino de la peregrinación. Pero he aquí que todos, de una parte y de otra, insistimos y lo retuvimos más en cuerpo que en alma.

4.- Pero, en fin, mientras se refieren estos y otros hechos, el obispo Recafredo se lanzó cual violento torbellino sobre las iglesias y los clérigos y encerró en la cárcel a todos los sacerdotes que pudo¹⁴. Entre ellos fue conducido <Eulogio> como carnero elegido y encadenado junto con su obispo y otros sacerdotes, encierro en el que más se ocupó de sus oraciones y lecturas que de sus cadenas. Allí fue donde compuso para las santas doncellas Flora y María, detenidas por causa de la Fe, aquel famoso Documento Martirial en un solo volumen, en el que las reafirmó para el martirio con ligaduras de lo más sólido, les enseñó a despreciar la muerte personalmente con palabras y por medio de cartas, y confió a la ayuda de éstas su excarcelación y la de sus compañeros, algo que mereció obtener a los seis días justos del martirio de aquéllas; en efecto, ellas consumaron su martirio el 24 de Noviembre y los sacerdotes consiguieron su libertad el 29 del mismo mes. Acerca de esto me envió en aquellos días una carta de muy brillante factura, que contenía la pasión de las mencionadas doncellas y la excarcelación de los sacerdotes gracias a los méritos de las mismas¹⁵. Allí aprendió de la manera más cumplida la poesía métrica que aún desconocían los sabios de Hispania y nos la enseñó a su salida¹⁶. También desde allí me envió una carta, dictada con fluido género de elocuencia, relativa a los libros aquellos que había escrito en defensa de los mártires¹⁷. En efecto, mientras que todos los sacerdotes que estaban con él se daban al ocio y al descanso, él no dejaba de leer ni de noche ni de día, redoblando noches y días la libación de la miel de las Escrituras con su boca y su meditación espiritual con su corazón.

¹³ De nuevo se trata ésta de una expresión frecuente en la obra de S. Jerónimo y los escritos a él atribuidos (cf., por ejemplo, la *Expositio in librum Canticorum*).

¹⁴ Ocurría esto a fines del verano del 851. Recafredo, prelado de Córdoba y Cabra hacia el 839, había sido promocionado por esta época a metropolitano de Sevilla. El emir Ab al-Rahman II tuvo en él un eficaz instrumento para hacer frente al levantamiento de los mártires voluntarios, a quien el hispalense se opuso decididamente.

¹⁵ Se trata, en efecto, de una epístola recogida entre las obras del santo y que en la edición de Gil (1973, pp. 495-496) aparece como la primera de las tres escritas por el mismo.

¹⁶ La ambigüedad del texto latino en este pasaje hace posible otras interpretaciones del mismo. Sobre esta cuestión, así como, en general, la reintroducción de la prosodia clásica en la Córdoba de aquellos días, cf. El minucioso estudio de González Muñoz (1996, pp. 189-194).

¹⁷ Se trata en este caso de la epístola que, desde la edición que hizo el cardenal Lorenzana de las obras de S. Eulogio, acostumbra a publicarse delante del texto del *Memorial* y seguida de la respuesta de Álvaro.

5.- Mas creo que vale la pena si avanzamos un poco más y añadimos cómo se probó en la época de la persecución¹⁸. Cuando finalmente los obispos, los sacerdotes, el clero y los sabios de Córdoba marcharon por un camino equivocado en lo relativo a los martirios que hacía poco habían comenzado, y a impulso de su miedo negaban casi la Fe de Cristo, si no con palabras sí con su consentimiento, a éste, en cambio, no se le vio nunca transigiendo o vacilar ni con un débil susurro¹⁹; antes bien, salía al paso a todos los que marchaban al martirio, reforzaba los ánimos de todos, veneraba y reunía los huesos de todos, y ardía con el ardor del martirio hasta el punto de parecer ser él mismo el instigador de los martirios por aquellos mismos días. Por este afán de rectitud fue atacado con muchas afrentas y extenuado con grandes terrores. Por lo demás, uno de los próceres que lo atacaban y lo exasperaban con sus amenazas, por justo designio de Dios se descarrió y la Fe que, cuando tenía, atacaba el ignorante, acabó por perderla el desgraciado idiota. Sobre él trató con mayor amplitud el mencionado santo en el libro tercero del Memorial de los Santos²⁰, unos libros en los que no sólo narró individualmente las pasiones de los mártires con la clara fuente de su elocuencia, sino que también divulgó con sobrada exposición a las generaciones futuras cuanto se hizo y se dijo respecto a los mártires de Dios. En fin, qué grande y destacado fue en sabiduría lo muestran más claras que la luz sus obras, que compuso con sal ática y prosístico encanto, es más, con una inspiración divina²¹.

6.- Pero hemos de volver a la época del obispo Recafredo y exponer la manera en que <Eulogio> se abstuvo del sacrificio de la misa para no verse unido al error de éste. En efecto, en esos mismos días todos parecían sujetos a su violencia y autoridad, sometidos al mandato real y uncidos al inicuo enemigo, y quienes en el primer levantamiento se había enfrentado y alzado contra él, entonces, sacudidos por el temor, se pegaban a él como sus servidores, no en espíritu sino en cuerpo, ni por afecto de su corazón, sino ante las sacudidas de su temor y para no darle ocasión de hacer más daño²². También la cólera del rey, en su furor contra

¹⁸ Es decir, el período de los martirios voluntarios, comprendido entre el 850 y el 859.

¹⁹ Considera Gil (1973, p. 333) que en este pasaje existe un eco de las *Sátiras* de Juvenal (IV 110), una obra que, como veremos a continuación Álvaro había podido manejar.

²⁰ En efecto, en *Mem.* III 2 (Gil [1973] p. 440), así como en *Mem.* II 15, 2 (Gil [1973] p. 435), se refiere S. Eulogio a este prócer. Se trata en realidad de un recaudador que, con ayuda de las fuentes árabes, y en concreto gracias a la obra de Al-Jushani, se ha podido identificar con un tal Qumis b. Antonian, un cristiano de gran peso en la corte que acabó islamizando.

²¹ De nuevo nos encontramos con una expresión extraída de las obras de S. Jerónimo (cf. ep. 57, 12 y Contra Ruf. 3, 21). Elogios como los presentes, en los que se parangona el estilo del sacerdote con el brillo de las obras de la Antigüedad, aparecían ya en la respuesta de Álvaro a Eulogio que, según dijimos, suele editarse delante del *Memorial*. Sea como fuere, tales loas no implican, como a veces se ha sostenido, un conocimiento de las obras de la Antigüedad clásica, ni mucho menos de lengua griega, por parte de nuestro autor.

²² Con la expresión "primer levantamiento" alude el autor al martirio voluntario del monje Isaac (cf. *Eul. Mem.* I praef. 2, Gil [1973] o, 367). Por lo demás, también S. Eulogio se refiere (en la epístola a Álvaro que precede al *Memorial*, Gil [1973] pp. 363-364) a la inicial alegría de buena parte de la comunidad cristiana cordobesa y a su posterior cambio de actitud.

nosotros nos había puesto en un trance con sus leyes y, alterando nuestro libre arbitrio, había sometido a todos al feroz enemigo. La verdad de esta historia se expone de forma más minuciosa en otra obra²³.

7.- Ahora, en cambio, sólo deseo desentrañar el santísimo ardid de este admirable varón. Él, al observar con la dura instigación del dolor que la engañosa maquinación de dicho obispo se extendía por doquier en torno a sí, al sorprender a los demás comunicando con él, ver que no tenía posibilidad de oponerse y percatarse de que no disponía de permiso para desplazarse, pues había dado garantías, empezó a afligirse con graves gemidos y a mortificarse, como dijimos, con gran dolor interior. Pero por voluntad de Dios ocurrió que un día, en presencia del obispo²⁴, se leyó una carta de S. Epifanio, obispo de Salamina de Chipre, dirigida a Juan, obispo de Jerusalén, que yo le había mandado leer a un diácono; en ella dicho santísimo prelado, mientras rebatía las cantilenas de Orígenes y defendía la ordenación de cierto presbítero consagrado por él en un monasterio asignado al mencionado <obispo> jerosolimitano, exponía la causa de la ordenación y añadía entre elogios la abstinencia del sacrificio de la Misa de los santísimos presbíteros Jerónimo y Vicente. Entonces el mencionado Eulogio, arrebatando más que escuchando con ansia dicho relato, en el conocimiento de que Dios le había proporcionado una ocasión, como herido por un golpe enorme arrancó unos suspiros de lo más hondo de su corazón y, tras mirarme, se volvió al obispo diciéndole: "Si esto hicieron las lumbreras de la Iglesia y los puntales de nuestra Fe, ¿qué nos conviene hacer a nosotros, a quienes el peso del pecado abrumba y aflige gravemente? Sepa, pues, vuestra paternidad que yo mismo me veto la facultad de celebrar el sacrificio de la Misa". Y así, con un ardid de esta índole, se atuvo él en época de Recafredo a su propio arbitrio; y pese a asumir de este modo el orden de dicha promesa, habiéndola no obstante cumplido con deleitable asiduidad, no quería después recobrar la condición que había rechazado. Pero su propio prelado²⁵ lo empujó a regresar al abandonado deber de sacrificar, hasta el punto de no temer castigarlo con el anatema si no prometía volver a él rápido.

8.- Estaba también aquel varón señalada y no mediocrementemente adornado en todos sus votos, sirviendo a todos por igual, y aunque aventajaba a todos en sabiduría, no obstante parecía más humilde incluso que los más modestos, de claro semblante y distinguida dignidad, radiante elocuencia y luminosas obras de vida, instigador de los mártires y su panegirista, doctísimo exégeta y escritor. ¿Quién

²³ Se refiere Álvaro aquí a su *Indiculo luminoso*, donde a lo largo de varios capítulos se trata del endurecimiento de las condiciones de vida de la comunidad cristiana. En el presente pasaje, así como en *Alv. Ind.* 6 (Gil [1973] p. 278) y *Eul. Mem.* II 14 (Gil [1973] p. 433), se alude probablemente a una legislación de urgencia de tiempos de Abd al-Rahman II, por la que se permitía ejecutar sin juicio a quienes blasfemaran de Mahoma.

²⁴ En este caso el de Córdoba, Saulo.

²⁵ De nuevo se refiere el texto al cordobés Saulo, como expone Álvaro de forma más clara en su epístola a dicho obispo (*Alv. Ep.* XIII 4, Gil [1973] p. 226).

podría expresar con cualquier río de sabiduría el ardor de su ingenio, quién la belleza de su estilo, quién el brillo de su saber, quién la habitual afabilidad de su ministerio? Pues, ¿qué libros no se le abrieron? ¿Qué ingenios de sabios católicos, herejes y aún de paganos pudieron ocultársele? ¿Dónde había libros en verso, dónde de prosa, dónde de Historia que escaparan de su estudio? ¿Dónde versos cuya armonía él desconociese? ¿Dónde himnos u obras extranjeras que no recorriesen sus bellísimos ojos?. En efecto, como si desenterrase de campos y de fosas cosas nuevas y harto admirables, diariamente sacaba a la luz tesoros aún no vistos. Qué gran deseo de aprender radicaba en un alma adornada que tan precioso don, qué gran e inagotado cuidado y diligencia, ningún sabio podría entenderlo. Y, ¡oh admirable dulzura de espíritu! Sin querer tener jamás algún conocimiento para sí solo, nos lo proporcionaba todo; corregía lo corrompido, recomponía lo roto, restablecía lo desusado, restauraba lo antiguo y, cuantos actos podía buscar de varones del pasado, se esforzaba en practicarlos con obras: el rigor de Jerónimo, la modestia de Agustín, la suavidad de Ambrosio, la paciencia de Gregorio en corregir los errores, en amparar a los pequeños, en ablandar a los grandes y en sufrir los terrores, él solo lo mostraba todo de múltiples maneras.

9.- Y no le bastó con visitar los monasterios de su tierra. Antes bien, aprovechando la ocasión de sus hermanos, que por los mismos días se hallaban desterrados en los confines de Francia, tomó con avidez el camino y, llegando por sí mismo a tierras de los pamploneses, penetró en el monasterio de san Zacarías y recorrió con vivo deseo otros cenobios de dichas regiones, viéndose endulzado por la amistad de muchos abades. Su convivencia con ellos la expuso con detalle de nombres y lugares en la carta que, estando en la cárcel, mandó al obispo de Pamplona²⁶. En aquellos lugares halló, escondidos y casi ignorados de muchos, numerosos volúmenes de libros, y al regresar aquí los colocó en su santísimo pecho para nosotros. Allí disfrutó de la conversación del bienaventurado Odoario, bajo cuyo mando servían ciento cincuenta monjes de regla²⁷. De allí²⁸ se trajo consigo el libro de la Ciudad de Dios del santísimo Agustín y la Eneida de Virgilio, los libros métricos de Juvenal y los poemas satíricos de Flaco, los opúsculos decorados de Porfirio, las obras epigramáticas de Aldhelmo y las fábulas métricas de Avieno, así como resplandecientes composiciones de himnos católicos con muchas sentencias de muy sutiles temas sobre cuestiones sagradas²⁹, y no para él

²⁶ Se trata, en efecto de una carta conservada entre la correspondencia de S. Eulogio y fechada el 15 de Noviembre del año 851, en la que se exponen pormenorizadamente las vicisitudes de este famosísimo viaje (Gil [1973] pp. 497-503). Sobre la fecha del mismo no existe un criterio uniforme, si bien la opinión más extendida es que tuvo lugar en el 848.

²⁷ Muy seguramente la benedictina (cf. Ruiz [1959] pp. XVIII-XXIV). El monasterio en cuestión es, como el propio S. Eulogio nos aclara (*ep.* III 2, Gil [1973] p. 498), el de S. Zacarías a que Álvaro se refiere más arriba.

²⁸ De estas palabras de Álvaro se deduce que fue el referido monasterio de S. Zacarías.

²⁹ Junto a la *Ciudad de Dios* de S. Agustín, el *De virginitate* de Aldhelmo (al que Álvaro se refiere con la expresión "obras epigramáticas"), la colección de himnos y lo que parece ser un florilegio de textos patristicos de

sólo, sino, sino para uso común de los más estudiosos investigadores. Y en tanto por senderos resplandecientes mostraba con indicios específicos el brillo de su obra y el centelleo de su ingenio a todos, a los presentes con su presencia y a los venideros con su uso, y les guiaba con sus luminosas huellas, marchando a todas partes con luz y volviendo de todas partes con resplandor; él, siervo de todos, coronado de Cristo, brillaba límpido, dulce, nectáreo.

10.- *Creo que no se debe omitir de esta obra el que a la muerte del obispo de la sede de Toledo, Wistremiro, de santa memoria, fue elegido para la misma sede por todos los obispos sufragáneos y vecinos, y tenido por digno y aprobado por la exposición de todos³⁰. Pero la voluntad divina, que se lo reservaba para el martirio, lo estorbó con algunas trabas, y como quiera que la misma elección general proclamaba ya que se le consagrara en el episcopado, impedidos por la adversidad de los obstáculos, prohibieron que se les eligiera a otro en vida de éste³¹. Pero aunque fue arteramente privado de dicho rango, con todo, no se vio desposeído de la dignidad del mismo, ya que alcanzó el episcopado celestial al unirse a Cristo por medio de la gloria de su martirio; y es que todos los santos son obispos, pero no todos los obispos santos. Más él, tras hallar la santidad por medio del derramamiento de su sangre, ejerce el grado de episcopado siendo recompensado en el cielo con las promesas eternas.*

11.- *Señalándose con estas virtudes y enseñanzas, brillando desde lejos muy alto para todos como lámpara puesta sobre candelero³² y como ciudad sita en la cima de un monte, y previendo como culto escriba lo nuevo y lo viejo del arca de su señor para todas las familias³³, siendo el primero entre los sacerdotes, el mayor entre los confesores, y no el último entre los jueces, finalmente se hizo con su deseo con la cooperación de la divina misericordia y fue elevado a los cielos de*

los usados por la época (cf. Madoz [1947] p. 44), sobresale muy especialmente entre las obras traídas a Córdoba por S. Eulogio el conjunto de clásicos paganos compuesto por la *Eneida* de Virgilio, las *Sátiras* de Juvenal y Horacio (denominado Flaco en el texto), los *Carmina figurata* de Porfirio Optaciano y las *Fábulas* de Avieno. Ciertamente éste era el componente del legado cultural latino en el que los cristianos cordobeses eran más deficitarios. De que la mayoría de estas obras subsistían en Córdoba varios decenios después es buen testigo el llamado *Inventario de libros de la Iglesia cordobesa*, fechado en el 882 (cf. Gil [1973] pp. 707-708). En cuanto al monasterio de donde sacó S. Eulogio estos códices, de las palabras de Álvaro se deduce que fue de S. Zacarías; no obstante, muchos estudiosos, basándose en un pasaje del *Apologético* del propio mártir (*Apol.* 15¹⁻³ Gil [1973] p. 483), han supuesto que habría sido la célebre abadía de Leire la que se lo proporcionó al mismo.

³⁰ Por las palabras de Álvaro no es posible determinar con exactitud la fecha de esta elección, si bien ésta pudo tener lugar en torno al 852. En efecto, en su epístola a Wiliesindo, obispo de Pamplona, S. Eulogio comentaba que a su vuelta de tierras navarras había encontrado a Wistremiro "todavía vivo" (*Eul. Ep.* III 7, Gil [1973] p. 500), expresión ésta de la que se puede deducir que en el 852, año en que está fechada la carta, el metropolitano toledano ya había fallecido.

³¹ Aunque Álvaro se expresa en todo este episodio de forma bastante ambigua, parece claro que detrás de las trabas y obstáculos mencionados se halla la mano del emir, lógicamente muy poco dispuesto a que un sacerdote tan hostil al Islam se convirtiese en prelado de los siempre levantiscos toledanos.

³² Cf. *Eccli.* 26, 22.

³³ Cf. *Math.* 13, 52.

forma no por inopinada menos meditada y deseada; y lo que les había pedido a los mártires derramando lágrimas y había esparcido a manera de ruego por todos sus escritos, mereció alcanzarlo por sus obras de santidad, algo que podrá conocer de forma muy verídica quien se preocupe de leer sus extraordinarias obras. Y ya que conviene y nos pareció apropiado exponer brevemente su pasión por el provecho de los lectores y por el aniversario de su festividad, hemos añadido de forma separada, pura y veraz el bellissimo final de su combate martirial.

A partir de aquí, la pasión del mismo.

12.- *En la época en que la cruel dominación de los árabes devastaba desdichadamente con pérfida astucia todos los confines de Hispania, y en la que el rey Muhammad, con increíble rabia y desatentado criterio, proyectaba aniquilar de raíz la comunidad cristiana, muchos, temiendo por su terror hacia el cruentísimo rey y procurando atenuar su desvarío, intentaron con diversas y rebuscadas ocasiones atacar al rebaño de Cristo por medio de una implacable obediencia a su inicua voluntad. Muchos se entregaron al abismo negando a Cristo, otros se vieron sacudidos y zarandeados por duros tormentos, y otros se afianzaron y reforzaron con vigorosa virtud; en esa época, como hemos dicho, resplandecieron brillantes los martirios de los fieles y vaciló el error de los infieles. Por otra parte, algunos que mantenían la Fe de Cristo sólo en su interior, por instigación de Dios manifestaban a la luz y abiertamente lo que habían ocultado, saltando al martirio sin que nadie los provocase y arrebatándoles para sí a sus verdugos la corona. Entre ellos estuvo también el bienaventurado Cristóbal, de linaje árabe, cuya pasión planeamos relatar en otro lugar³⁴. Pero también en el grupo de éstos estuvo el bienaventurado Aurelio y el santo Félix, que junto a sus esposas marcharon a la gloria de su pasión después de mucha y prolongada ocultación. Entre éstos estuvo también la bienaventurada virgen Flora, floreciente por sus virtudes, quien con su desprecio de la resbaladiza gloria del siglo mereció una corona eterna y sin fin. De ellos este santísimo doctor nuestro narró sus martirios individualmente y desentrañó sus gestas y vidas con un brillante estilo.*

13.- *En esta época resplandeció esparciendo a todos el nectáreo aroma de su fama una muchacha de nombre Leocricia, de noble linaje, de más noble espíritu, engendrada de la hez de los paganos y surgida de las entrañas de lobos, bañada hacia poco en las aguas de la salvación e instruida ocultamente en la Fe de Cristo por una pariente suya consagrada a Cristo de nombre Liciosa. En efecto, al acudir como familiar a casa de dicha religiosa en los años de su niñez, y al instruirla ésta diariamente con las palabras que podía, al cabo acogió en su interior la Fe de Cristo por inspiración celestial y, tras acogerla con ardoroso amor, la conservó*

³⁴ No se tienen más noticias de esta proyectada obra sobre Cristóbal. De él se ocupó brevemente S. Eulogio en el capítulo undécimo del II libro de su *Memorial de los Santos*; de los mártires mencionados a continuación, en los capítulos octavo y décimo respectivamente del mismo libro del Memorial.

en su pecho. Cuando llegó ella a los años de la razón y alcanzó las luces de la sabiduría, aquella Fe que había aprendido ocultamente con las más tiernas de las enseñanzas, que había aumentado diariamente con alimentos espirituales y crecido a más, al principio la nutría ocultamente, luego pública y abiertamente. Sus padres, como la reprendieran vivamente y no adelantarán nada en absoluto, intentaron atacarla con azotes y golpes, a fin de reprimir al menos por el miedo a quien no podían hacer vacilar mediante lisonjas. Pero el fuego de Cristo ha enviado a los corazones de los fieles no sabe ceder ante amenaza alguna. Mientras en esta lucha era azotada día y noche y se veía atacada por durísimos castigos e impedida por crueles ataduras, temiendo quemarse con el cauterio de la apostasía por no manifestar públicamente su fe, por medio de unos recaderos hizo saber su caso al santísimo Eulogio, un varón famosísimo ya por sus muchas obras de este tipo, y a su hermana Anulón, una virgen consagrada a Dios, y les expuso que deseaba irse a lugares de fieles más seguros en los que pudiera manifestar sin miedo su fe.

Al punto el bienaventurado Eulogio recordó su acostumbrado deber y, pues era un apasionadísimo sostén de mártires, por medio de los mismos recaderos mandó a ésta salir a escondidas <de su casa>. Aquélla, fingiendo rápidamente un ardid y aparentando avenirse a sus padres, atacando de palabra nuestra Fe y vistiendo adrede todos los adornos que había rechazado, se mostró aparentemente disputa a complacer su voluntad y contraer nupcias en el siglo, y se esforzó por doblegar los ánimos de aquéllos y emprender unos pasos odiosos para sí. Así que vio que todo le era ya seguro, fingiendo marcharse engalanada, como convenía al mismo menester, a las bodas de unos allegados suyos que se celebraban aquellos mismos días, tras rápida carrera se confió a la protección del santísimo Eulogio y de su hermana Anulón, quienes enseguida la acogieron de grado y la entregaron a unos amigos de lo más probado para que la ocultaran. Mas cuando el padre y la madre, tras esperarla, no vieron a su hija, lamentándose de haber sido engañados y atormentándose con una rabia inaudita y un resentimiento nunca vistos, se pusieron a perturbarlo y a ensuciarlo todo: corrían por <casa de> personas desconocidas y conocidas imperiosamente y con orden de la autoridad; abrumaban con cárceles y cadenas a los que creían que debían atacar, a hombres y mujeres, monjes, sacerdotes y religiosas, y afligían con azotes y cárceles a los que podían, por si de alguna manera eran capaces de recuperar a su hija por estos medios y otros mayores. No obstante, aquel santo, inamovible, la iba cambiando a lugares diferentes y procuraba con todo su afán que la oveja no fuese entregada a manos de los lobos. Aquélla, por su parte, se daba a ayunos y vigiliias, cubría sus miembros con un concilio y se acostaba en el suelo para perfeccionar rigurosamente su cuerpo. Pero también el santísimo varón Eulogio, al que hay que nombrar con reverencia, en sus deseos de vigiliias nocturnas y sus rezos por tierra en al iglesia de S. Zoílo, pasaba las noches sin sueño suplicando el auxilio de Dios y fortaleza para la joven, y consagrando siempre estas pruebas al Señor.

14.- Entre tanto, la muy augusta joven deseó ver a la hermana del bienaven-

turado Eulogio, a la que quería y anhelaba ardientemente, y se llegó por la noche a sus estancias instigada por revelación del Señor y llevada de sus ganas de conversación, con el fin de quedarse con ellos tan sólo un día y volver de nuevo a su escondite habitual. A ellos les contó que, mientras rezaba una y otra vez, se le había llenado la boca de un líquido dulce que, contaba ella, había osado no escupir y aún trabar admirando el aspecto de su espeso elemento. El santo le explicó que éste era el presagio de que habría de disfrutar de la dulzura del reino celestial.

15.- Pero al disponerse a marcharse al día siguiente, sucedió que su compañero de viaje no llegó a la hora acostumbrada sino al despuntar el alba, y no tuvo posibilidad de salir, ya que solía marchar en las horas de la noche para evitar asechanzas. Se tomó la medida de que la virgen de Dios permaneciese ese mismo día en el lugar en el que estaba hasta que el sol le quitase a la tierra el espacio de su luz y las tinieblas nocturnas dispensaran la deseada tranquilidad; en realidad no se la retenía por voluntad humana, sino por juicio divino, a fin de imponerle a ella su propia corona y al bienaventurado Eulogio la diadema de la gloria. En efecto, ese día, no sé por instigación de quién o por asechanzas y delación de quienes, se señaló a la autoridad el lugar de su escondite, y de improviso toda aquella vivienda fue rodeada por soldados enviados a tal efecto.

Y sucedió que se encontraba presente el mártir elegido y predestinado, en cuya presencia sacaron a la mencionada joven; y prendiéndolo a la vez, entre golpes y muchas mortificaciones afrentosas, los hicieron comparecer ante la inicua autoridad del malvado juez. De inmediato, éste, planeando matarlo a latigazos, encendido de un loco furor, con terrible rostro y desahogado ánimo, lo interrogó con furiosas palabras y le preguntó entre amenazas por qué había retenido en su casa a la joven. Y con sumo gusto y paciencia, según su brillante manera de hablar, le expuso a éste la verdad de lo sucedido de este modo: “Juez, tenemos impuesto el orden de la predicación, y a nuestra Fe toca que exponamos la luz de la Fe a quienes nos pregunten por ella, y no neguemos lo que es santo a nadie que se apresure el camino de la vida. Esto es lo que nos compete a los sacerdotes esto es lo que lo reclama la religión verdadera, esto es también lo que Cristo nuestro Dios nos enseñó: que cualquier sediento que quiera beber las aguas de la Fe halle dos veces más bebida de la que quiso. Y puesto que esta joven nos preguntó por la norma de la santa Fe, necesario fue prestarle muy gustosamente nuestra atención para que su afecto se encendiese más; y no fue posible rechazar a quien tales ansias tenía, en especial a quien por don de Cristo ha sido elegido para esto. En consecuencia, la ilustré y la instruí según mis posibilidades, y le enseñé que la Fe de Cristo es el camino del Reino celestial, igual que con sumo gusto haría también contigo si te pareciera bien preguntarme”.

Entonces el juez, con rostro turbado, ordenó traer unas vergas amenazando con matarlo a latigazos. El santo le dijo: “¿Qué quieres hacer con esas vergas?” “Pretendo” –dijo– “sacarte con ellas el alma”. “Afila y prepara la espada” –le repuso– “para entregarle con ella mi alma, libre ya de las ataduras del cuerpo, a

quien me la dio, pero no pienses que vas a desgarrar mi cuerpo a latigazos". Y al punto, tras arremeter con un ataque claro y abundantes palabras contra la falsedad del profeta y la religión de aquél y redoblar sus palabras de predicación, fue conducido a palacio a toda velocidad y arrastrando ante los consejeros del rey; allí uno de ellos, que él conocía de la manera más familiar³⁵, se le echó encima compadeciéndose. "Así es" –dijo– "como los necios y los idiotas son arrastrados a la deplorable ruina de la muerte. Tú, pertrechado del ornato de la sabiduría e iluminado por la conducta de tu vida, ¿qué locura te ha empujado a arrojarte a este mortal lance tras olvidar tu energía natural? Óyeme, por favor, y no caigas en un lance arriesgado. Te lo ruego, di una sola palabra en al hora de esta necesidad tuya y después ten tu Fe donde quiera que puedas. Te prometemos que en ningún lugar se te habrá de buscar".³⁶

El santísimo mártir le dijo sonriéndole: ¡Oh, si pudieras saber qué grandes premios les están reservados a los fieles de nuestra Fe, o si pudiera transmitir a tu pecho lo que en el mío guardo! Entonces ya no intentarías apartarme de mi propósito, sino que con gran gusto pensarías en separarte de esta mundanal honra". Y empezó a darles la palabra del Evangelio eterno y a verterles la predicación del Reino con constancia y libertad. De inmediato éstos, sin querer oírlo, ordenaron que lo pasaran a cuchillo. Cuando se lo llevaban, uno de los eunucos del rey le dio una bofetada. Más él, preparando la otra mejilla le dijo: "Te pido que me pegues otra vez e iguales ésta a la anterior". Al golpearla por segunda vez, aquél, paciente y manso, preparó de nuevo la primera. Pero el ímpetu de los soldados lo condujo al lugar de su ejecución, donde, doblando sus rodillas en oración, extendiendo sus manos a los cielos, guarneciéndose todo él con la señal de la Cruz y rezando bajo unas pocas palabras, tendió su cuello a la espada y con un rápido tajo, en su desprecio del mundo, halló la vida. Consumó su martirio el sábado once de Marzo a las tres de la tarde. Y ¡oh varón feliz y admirable en nuestra época, que no solo envió por delante en muchas personas el fruto de su obra, sino que también dejó en la muchacha el que lo siguieran, elevando consigo en sus manos el estandarte de la victoria y consagrando al Señor por medio de sí mismo el manojito de su labor, haciendo una ofrenda pura de pacíficas víctimas y presentando en su persona ante Cristo, el Señor de todo, lo que antes había enseñado a otros!

Por lo demás, tan pronto como el cadáver fue arrojado a la corriente del río desde un lugar prominente, una nivea paloma de asombrosa blancura cortó el aire con sus alas a la vista de todos y se posó aleteando sobre el cuerpo del mártir. Al intentar todos, de un lado y de otro, echarla lanzándole piedras y no poder, con todo, espantarla mientras estaba posada, quisieron ahuyentarla de cerca con sus manos. Más aquélla, que más que volar saltaba en derredor del cadáver, se volvió a posar cerca, sobre una torre próxima al cuerpo, y dirigió su rostro hacia el

³⁵ El *familiarissime* del texto latino puede hacer referencia a la intimidad del trato o al parentesco entre ambos personajes. Esto último no ha de resultar extraño o improbable si tenemos en cuenta que el propio hermano menor del mártir, José, había desempeñado un cargo en la corte del emir (cf. Eul. Ep. III 8₂₋₄ Gil [1973] p. 500).

³⁶ Ya Morales (f. 10 v.) advertía el paralelismo de este episodio con *Macch.* II 6.

cuerpo del santísimo varón. Y no se ha de silenciar el milagro que para gloria de su nombre obró Cristo sobre el cuerpo del mártir. En efecto, un natural de la ciudad de Ecija, mientras desempeñaba con otros su mensual servicio de centinela en palacio y hacía allí su ronda de guardia, se levantó de noche con deseos de beber agua y llegó a un saliente del canal que se levanta sobre aquellos lugares; allí, desde arriba, vio cómo sobre el cuerpo de aquél, que yacía en el fondo, unos niveos sacerdotes de asombrosa blancura sostenían unas luces centelleantes y recitaban diligentemente salmos como los salmistas. Aterrado por esta visión, más que regresar, volvió huyendo al lugar de la guardia, y luego de contárselo todo a su compañero, quiso de nuevo volver con él al lugar; pero ya no pudo ver aquello una segunda vez. Por lo demás, cristianos solícitos rescataron al día siguiente la cabeza del muy santo varón, y en cuanto a los restos de su cuerpo, los reunieron y enterraron al tercer día al cobijo del santísimo mártir Zoilo.

16.- *En cuanto a la santísima doncella Leocricia, aunque ablandada con muchas lisonjas y empujada con muchas promesas, finalmente se fortaleció por divino obsequio en la solidez de su fe y a los cuatro días del martirio de Eulogio fue decapitada y arrojada al río Guadalquivir. Pero las aguas no pudieron ni hundirla ni ocultarla; en efecto, yéndose con el cuerpo erguido proporcionó a todos una admirable visión; así la sacaron los cristianos, enterrándola en la iglesia del mártir S. Ginés, que se halla en el lugar de Terzos³⁷. Éste fue el final del santísimo doctor Eulogio, ése su admirable fin, tal su tránsito lleno de obras.*

17.- *Ahora, al final de la obra, resta dar las gracias al Rey de todos los tiempos, quien, adornando su Iglesia con mártires desde el principio de la Religión, da valor a los cansados y conduce a la gloria sempiterna a quienes ninguna presunción tienen de sí mismos. A este Dios nuestro, gloria y poder por los siglos siempre infinitos de los siglos. Amén.*

18.- *Por lo demás, ya que con estilo pedestre e inculta elocuencia hemos expuesto la pasión de nuestro doctor y mártir; resta ahora que nos dirijamos a este queridísimo patrono nuestro, como si nos oyera y asistiera a nuestras súplicas, y que expongamos nuestra intimidad, conocida de él. En verdad que puede escuchar a quienes le ruegan y proteger a los desdichados y afligidos, si nos ayudan unos méritos propios, si no nos obstaculizan graves pecados, si esto lo reclama un afecto sincero. Así pues, excelso mártir de Dios, Eulogio, dulce nombre, atiende a tu Álvaro en su clamor, y a quien mantuviste aquí atado con afecto a tu corazón, únetelo allí como siervo. No te interpelaré sino con tus palabras, no las de otros. Ciertamente yo soy aquél de quien decías estar unido a ti, <aquél> a quien y por quien hablaste de este modo: “Que no sea Álvaro” –dijiste– “otro que Eulogio, y que no se halle en otro sitio que en el corazón de Álvaro todo el amor de Eulogio”.*

³⁷ Se trata de una aldea o arrabal situado, como su nombre indica, a tres millas al sur de Córdoba. Sobre esta población y la iglesia, o monasterio, sita en él cf. Martínez Ruiz (1986, pp. 61-62).

Que prevalezca, que prevalezca, Cristo Señor, este dulce y leal afecto entre ambos, que prevalezca con perenne culmen de santidad, y como luz brillante avance y crezca hasta el día final. Mira, señor, ante mis manos tengo tu testimonio, pintado con letras doradas y con la joya de tus sentencias, pero ansío el complemento de tu protección. En efecto, lo que estando en la tierra orabas incesantemente, que prevaleciera, llevado a los cielos podrás ya obtenerlo respecto a mí con la ayuda que se ha cumplido en ti. Y es que el verdadero amor –y tú mismo lo dijiste– conserva fielmente su afecto hacia el ausente, y muestra hacia su amigo lo que podría para sí. Así pues, mártir egregio y amigo queridísimo, mientras es posible y todavía se extiende un tiempo para la misericordia, proporcióname a tu amigo el obsequio de tu intercesión para que me sea concedida aquí una mejora de mis hábitos, tenga abundantes dones de lágrimas, el amor a las virtudes se infunda en mi vacilante cabeza, se me conceda debidamente el lugar deseable, y ningún obstáculo haya de destruir la oportuna entrada <en él>; que se desaten las cadenas de todas las ataduras, salten las maquinaciones de todos los impedimentos y los estorbos de los frenos que muden en auxilios a los obedientes por un cambio de la diestra celestial; que se abran las puertas de mi corazón para recibir el reino del Altísimo, se incline mi soberbia cerviz y se someta mi cuello para portar el suavísimo yugo de Cristo. Quisiera pedir mayores cosas aún, pero temo incurrir en una falta de osadía. Más tú, oh excelso siervo de Dios, que te sacias con el rostro del Señor y te solazas eternamente con su don, otórgaselo con tus dignas intercesiones al desdichado en el que sabes que se purgan mil pecados. Ansío asimismo la vida eterna y tengo sed del reposo del reino celestial. Procura, pues, dispensar algún remedio a tu siervo con cualquier sentencia o castigo, y quiere purificar a tu amado con aquel ardoroso fuego con el que se te veía unido a mí aquí en la tierra, para que aquel afecto brille ahora con una luz más clara, ya que luce con mayor resplandor y con mejor amparo puede conceder mis peticiones.

19.- *Yo, en fin, mi dulce Eulogio, he ilustrado cuanto he podido la memoria de tu nombre, he narrado tu vida, manifestado tu doctrina y expuesto tu bellissimo combate; y con el fin de que la memoria de tu deleitoso nombre florezca siempre en el mundo, y de que, al igual que en el cielo tu vida, resplandezca aquí tu fama con eterno brillo, te he dedicado <esta obra> con cuantos esfuerzos pude, si no con palabras de lo más minucioso, sí de lo más claro. He construido, en efecto a tu gloria un monumento más perenne que el bronce³⁸, que ni un lluvioso torbellino ni un pétreo granizo ha de destruir, ni una llameante pira ha de fundir con cualquiera de sus fuegos. He erigido a tu nombre un sepulcro de oro puro y piedras preciosas de todo tipo, que ningún violentísimo tirano podrá destruir como un saltador³⁹. He realizado el edificio de tu grandeza y levantado una torre para tu morada, para que seas un hermoso faro que reluce de una y otra parte a todos los*

³⁸ Cf. Hier. *Ep.* 108 33; la expresión, como se sabe, procede de Hor. *Carm.* III 30.

³⁹ Se ha de advertir que el término tirano se emplea frecuentemente en los textos de los cordobeses para referirse al emir árabe, a quien, por tanto, se podría estar aludiendo aquí.

viajeros. He adornado el título de tu gloria con níveas junturas de asombrosa blancura y con topacio reluciente, para que brille en todos los confines de la tierra. He rociado tus santas cenizas con nectáreas flores que no se ajan con calor alguno ni ceden ante el juicio del fuego. He ungido tu valioso cuerpo mezclándolo con valioso nardo puro e incienso de diversos géneros, amomo, bálsamo y bísamo⁴⁰, para que la suavísima fragancia de tu santidad caliente y reconforte sin fin, difundido por todos los siglos. He satisfecho el vínculo de nuestra amistad y no he querido dejar desnudo en el mundo el nombre de tu caridad⁴¹ para que, así como en el cielo resplandesces por tu vida y tus obras, de igual manera brilles en la tierra por las lenguas y el renombre, y para que la generación siguiente te encuentre elogiado, te vea digno de admiración y sepa por mi escaso ingenio lo grande que fuiste en saber. Mas la edad venidera no te admirará pertrechado como procuraban los antiguos, con dones corporales, apariencias y ornatos, cosas que habitualmente se consumen con el paso del tiempo, sino que te venerará engalanado con dones espirituales y sublimado por títulos inmortales.

20.- *Tú, en fin, venerable señor, devuélveme igual favor para que, ya que por servicio mío son honradas tus reliquias y adornadas tus exequias, sea yo iluminado luego por la mirada divina y asistido por el don celestial; para que yo, que me deslizo aún como agua por precipios y escarpaduras pecando por mi iniquidad, y permanezco todavía manchado en mis males apartado del rostro de mi Dios y unido al maligno Enemigo, yo, una vez iluminado por su gracia anticipada y misericordia gratuita, cualquiera que sea el fin con que haya consumado mi vida, merezca poseer sin interrupción los gozos celestiales en común contigo, de la misma manera que, macerado aquí por un terrenal angustia con llantos y gemidos parejos, he emitido largos y prolongados suspiros; para que, pese a no haberseme concedido brillar con igual gloria, se me imponga al menos el perdón de mis pecados, a fin de que no me lamente sumido en el abismo del castigo, sino que, asignado a ti y al resto de mis señores, tus compañeros, me solace con el reposo celestial. Amén.*

Traslación del cuerpo del presbítero S. Eulogio⁴²

Se llevó a cabo la traslación de S. Eulogio, mártir y doctor, a la capilla principal de la iglesia de S. Zoilo el día uno de Junio del año 859. Por lo demás, su día natal se celebra en el antedicho término, ya que la festividad de éste cae siempre en los días de la Cuaresma.

⁴⁰ Con el nombre de *bisamo* o *visamo*, latinización del árabe *wasma*, se designa una planta cuyas hojas se usaban antiguamente como tinte o ungüento (cf. Gil [1973_b] p. 222).

⁴¹ Se trata ésta de una de las muchas expresiones de respeto que se usaban, incluso entre amigos, por aquellos días, como ha explicado, entre otros, Norberg (1968, p. 14).

⁴² Esta pequeña nota, ajena por completo a la pluma de Álvaro, aparece recogida en el ms. BN 10029 al final del texto de la *Vita*. En el mismo lugar la reprodujeron en sus ediciones Ambrosio de Morales (f. 8 v.) y Juan Gil (p. 343). Gracias a dicha nota sabemos que los restos del mártir fueron trasladados al poco tiempo a un lugar más honroso dentro de la misma iglesia de S. Zoilo.